

1169

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

BELEN 13.

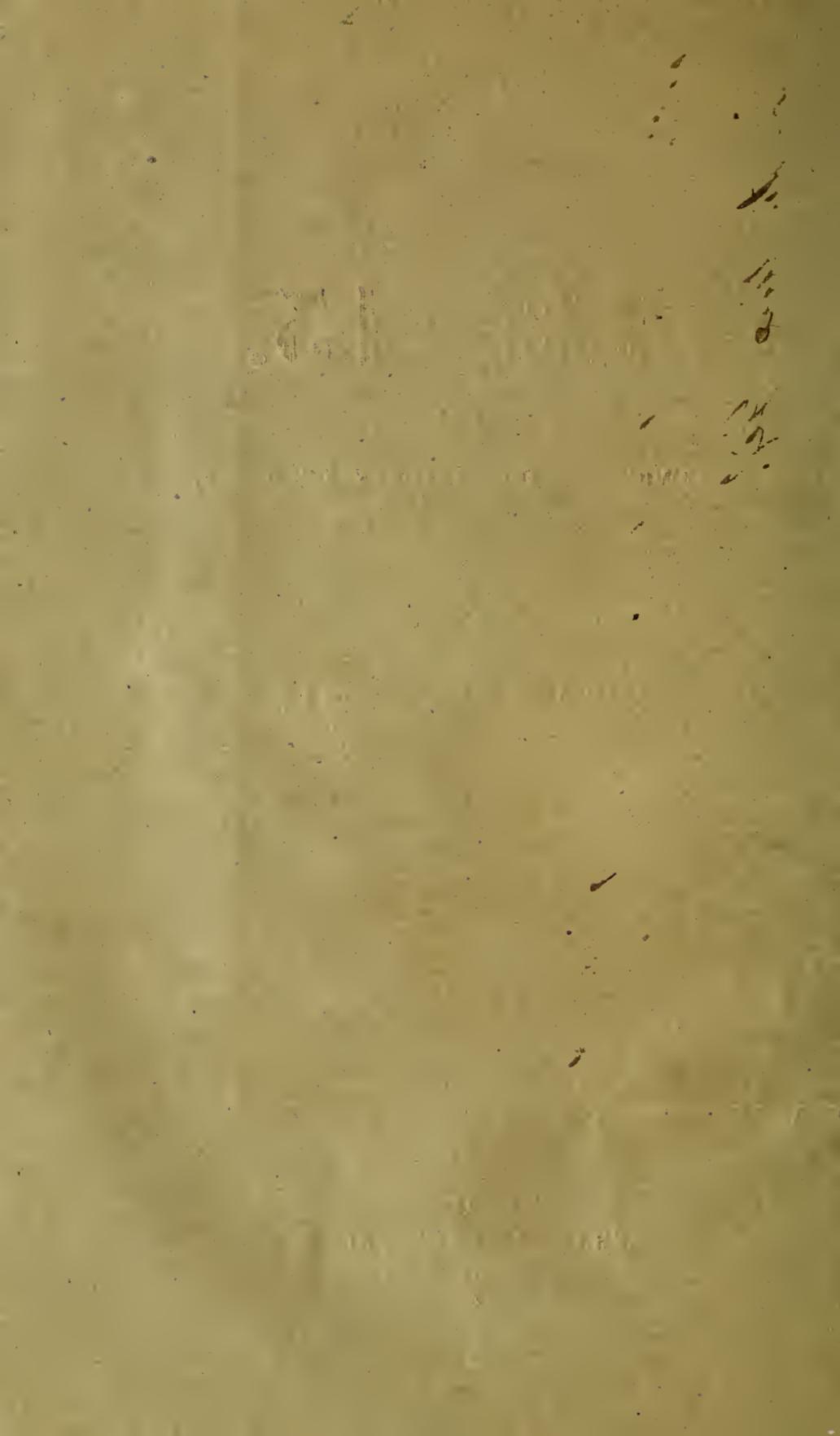
JUQUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

CONSTANTINO GIL.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1882.

8



BELEN 15.

BELEN 13.

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

CONSTANTINO GIL.

Representado por primera vez en el Teatro de ESLAVA la noche del 6
de Marzo de 1882, á beneficio del primer actor D. Ramon Rosell.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA JOSEFA.....	SRAS. RÓDRIGUEZ.
POLICARPA.....	CAMPINI.
DON SEVERO.....	SRES. ROSELL.
DON BENITO.....	MESEJO.
EL TIO BARTOLO.....	RUIZ.
TOMASITO.....	GALÉ.
RESTITUTO.....	RAMIRO.

La accion en Madrid y contemporánea.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala modestamente amueblada. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. SEVERO, á la puerta del foro.

Tio Bartolo! Tio Bartolo! Qué? No puede usted subir? Ah! Bueno! Cuando usted pueda. No corre prisa! (Al proscenio.) Ea! Ahora vamos á repasar la carta que le escribo á mi adorada esposa, por si tiene alguna errata; y á concluirla, porque no he podido hacerlo en la oficina. (Se acerca á una mesa colocada en primer término, y sobre la que habrá recado de escribir. Escribiendo.) «Madrid diez y ocho de Agosto, digo de Agosto de... mil ochocientos ochenta y dos. Con dos ceros?... Sí, con dos ceros, uno »detrás de cada ocho, eso es. Mi querida Policarpa. Aquí »me tienes víctima de la mayor ansiedad, porque hace »cuatro dias no tengo carta tuya. Mucho temo que tu »deseo de bañarte con el objeto consabido, y tu propósito »de estar en esa el más tiempo posible... Tiempo con h? »Sí. Te haya hecho cometer el exceso de cierto amigo »mio que fué á San Sebastian, como tú, á tomar una »noventa de baños: y se los tomó todos en un dia, de

»la manera siguiente. Se zambullía: estaba cinco minutos y salía; se sentaba en la playa, fumaba un cigarrillo y al agua otra vez. Así tomó los nueve baños en hora y media, y se volvió á la noche á su pueblo, despues de haber visto San Sebastian desde la torre de Santa María, á la que estuvo asomado cinco minutos. Hace dos dias que me ha salido...»

ESCENA II.

DICHO y el TIO BARTOLO.

BART. (Foro.) Se pué pasar?

SEVERO. Adelante, tio Bartolo, adelante.

BART. Güenos dias tenga usté, don Severo. Cómo ha pasao usté la noche, don Severo. (Poniéndose á limpiar y á ordenar los muebles.)

SEVERO. Bien, hombre, bien. (Sin dejar de escribir.)

BART. Qué quiusté que le suba pa almorzar?

SEVERO. (Escribiendo-) «Un golondrino como la cabeza de un chiquillo.»

BART. Pus miusté, lo que es golondrinas, alguna vez que otra, y encargándolas con antipizacion, no digo que no se encuentren, pero golondrinos como cabeza de chiquillos...

BART. ¿Pero qué está usted diciendo, hombre?

BART. Na, señor; sino que como usté quería almorzar golondrinos...

SEVERO. ¿Quién es el bárbaro que ha dicho eso?

BART. Usté!

SEVERO. Yo?

BART. Si señor, y aquí está esta palmatoria que no me dejará mentir. (Con una en la mano.)

SEVERO. (Estaba por sacudirle un par de boleos... Pero no.) Diga usted, tio Bartolo, ¿me trae usted noticias de mi mujer?

BART. No señor.

SEVERO. Cuatro dias ya sin saber de ella! (Cierra la carta.)

- BART. Pus misté yo no sé na, que si supiera, ya sabe usted que cuando yo sé algo, en seguida me antipizo... y aunque sea descortesía, aónde ha ido su señora de usted?
- SEVERO. Á San Sebastian, á tomar baños.
- BART. Y-que son muy güenos los baños de San Sebastian. Como callí tengo dos hijas sirviendo y me dicen que va todo Madriz. Y aunque sea descortesía, le preban bien los baños á la señora?
- SEVERO. Hasta ahora no sé, porque ha ido con objeto de ver si quiere Dios que tengamos familia. Dicen los médicos que son muy eficaces para eso los baños de mar.
- BART. (Llorando.) ¡Ay Dios mio de mi alma! (Deja caer lo que tenga en la mano y saca el pañuelo.)
- SEVERO. Pero hombre, qué le pasa á usted?
- BART. Pus le paece á usted poco? Mis chicas se bañan toos los dias, y va á ser una deshonra pa la familia. ¡Jí! ¡jí! ¡jí!
- SEVERO. Pero sus hijas de usted están casadas?
- BART. No señor.
- SEVERO. Pues entónces no tenga usted cuidado. Lo mismo da que se bañen que no se bañen.
- BART. Ah!
- SEVERO. Ah! (Remedándole.) (Qué pedazo de bárbaro!)
- BART. Diga usted, don Severo, quiusté que le suba como ayer media librita de escabeche atun?
- SEVERO. Si hombre, súbamela usted porque ya voy teniendo apetito; y si hay alguna carta para mí...
- BART. Carta? Aquí tiene usted una que trajo ayer el cartero.
- SEVERO. Pero hombre de Dios! Le he preguntado á usted ántes si me traía noticias de mi mujer; tiene usted una carta para mí, y se está usted ahí tan tranquilo. No comprende usted que podía ser de mi mujer? (Coge la carta.)
- BART. La verdá: así por el sobre no le veía bien el parentesco.
- SEVERO. Usted no ve nada, hombre. (Abre la carta y lee.)
- BART. Dispense usted, don Severo. Usted no me ha dicho si había carta para usted, sino si tenía noticias de su señora; y como á mí no me ha escrito su señora, claro, no tenía noticias...

- SEVERO. (Cantando y bailando.) La, la ra; la, la rá...
- BART. Hola! parece que son güenas las noticias!
- SEVERO. Sí, muy buenas; gracias. La, la rá... (Bailando.)
- BART. Vaya, pus malegro.
- SEVERO. Mire usted. Súbame usted en vez de media libra de atun, un par de libras de cabrito. Hay que celebrar el dia.
- BART. En segufa güelvo. (Va al foro y vuelve.) Diga usté, don Severo.
- SEVERO. Aún está usted ahí, hombre?
- BART. No, si en seguía me marchó. Es una pregunta suelta.
- SEVERO. Vaya por la pregunta suelta. Qué se le ofrece á usted?
- BART. Pus nada. Preguntarle á usté si ha sido niño ú niña.
- SEVERO. El qué?
- BART. Lo que ha tenido su señora.
- SEVERO. Pero hombre, no sea usted bárbaro. Se marchó hace quince dias á San Sebastian, y ya quiere usted?...
- BART. No. Pero como ha ido á lo que ha ido, y luégo ha mirao usté la carta, y ha empezao usté en seguida... La, la rá; la, la rá... (Cantando y bailando.)
- SEVERO. Y qué? No puedo recibir cartas más que de mi mujer?
- BART. Pus es verdá. No había yo caido en eso. Dispénseme usté, don Severo; en seguía subo con las dos libras de Severo.
- SEVERO. De atun hombre, digo no, de cabrito.
- BART. Lo mesmo da.
- SEVERO. No señor; no es lo mismo atun que Severo.
- BART. Tiene usté razon, don Severo. (Váse foro lentamente y haciendo cortesías.)

ESCENA III.

D. SEVERO, muy alegre.

El bueno de don Tomasito. Pero hombre, y qué cariño me ha tomado este chico, á quien apenas conozco más que de verle en los bailes de máscaras en que soy bas-

tonero. Como por la noche no tengo ocupacion en la oficina, me gano medio durito en los bailes de Capellanes. Al saber don Tomasito que no teníamos familia, me dijo: «El apellido de Tragaluz que usted lleva no debe extinguirse y más siendo manchego. Los Tragaluces de la Mancha subsistirán hasta la consumacion de los siglos. Consulten ustedes con un médico. Yo pago.» —Consultamos. Indicaron á Policarpa los baños de San Sebastian. Don Tomasito me dió dos mil reales para el viaje. Y hé aquí que cuando ménos lo esperaba, me envía otros dos mil reales para que mi mujer pueda tomar dos novenas de baños en vez de una. Despues de esto, es indudable que me ha tomado cariño ese chico. Por mi mujer ño es posible, porque... porque siendo amigo mio... Será por mí? Tampoco; por la misma razon. Porque no se acabe el apellido de Tragaluz? Quién sabe! Acaso pertenezca yo sin saberlo á alguna familia reinante, y sea esta una combinacion política. (Campanilla.) Allá voy! Este será el tio Bartolo que no se habrá llevado el llavin. (Campanilla.) Allá voy, tio Bartolo, allá voy. (Váse foro.)

ESCENA IV.

DICHO y D. BENITO.

Este personaje parecerá muy nervioso y no podrá estarse quieto en ninguna parte.

BENITO. Muy buenos dias, caballero.

SEVERO. Servidor de usted.

BENITO. Beso á usted la mano.

SEVERO. Servidor de usted.

BENITO. (Pues no tiene facha de seductor.)

SEVERO. (Quién será este tio?)

BENITO. Ante todo. Estamos sólos?

SEVERO. Sí señor. Borrromeo suele andar por ahí, pero...

BENITO. Quién es Borrromeo?

- SEVERO. El gato. Pero puede usted estar tranquilo. Borrromeo está muy bien educado; no araña, ni...
- BENITO. Bueno, bueno, sentémonos y hablemos como buenos amigos. (Se sienta en una silla donde los nervios no le permiten estar; se levanta, vuelve á sentarse en otra y continúa el mismo juego.)
- SEVERO. Cómo buenos amigos? Pero yo no tengo el gusto...
- BENITO. Lo supongo. Pero pronto variará usted de opinion.
- SEVERO. Qué cambiaré de opinion? (Pues señor, no me gusta este tio.)
- BENITO. Hágame usted el favor del sillón de la mesa de despacho, porque en la silla no puedo parar un momento.
- SEVERO. (Acercándosele.) Sí... efectivamente, veo que está usted algo intranquilo.
- BENITO. Qué quiere usted, amigo; he servido en las minas de Almaden y estos son los resultados. Así es que si observa usted en mí algun movimiento ó alguna cosa que le desagrade, no haga usted caso, es el azogue.
- SEVERO. (Pues, señor, yo tambien me voy encontrando algo azogado)
- BENITO. Ante todo: supongo que es usted el señor don Severo Tragaluz.
- SEVERO. Para servir á usted.
- BENITO. Oficial quinto de la clase de sextos del ministerio de Hacienda?
- SEVERO. Para servir á usted.
- BENITO. Concurrente asídúo á los bailes de Capelíanes, la Allambra y el Ramillete.
- SEVERO. Sí, efectivamente, porque ha de saber usted...
- BENITO. No se moleste en darme explicaciones. Usted es mi hombre!
- SEVERO. Yo?
- BENITO. Sí señor. No se haga usted el desentendido.
- SEVERO. No, no me hago el desentendido, pero no comprendo...
- BENITO. Ahora comprenderá usted. El asunto que me trae á su casa es muy sencillo.
- SEVERO. Vamos, del mal el ménos; si es muy sencillo...

- BENITO. Muchísimo. Se reduce á que esta misma tarde nos encontraremos usted y yo detrás del barrio del Pacífico. Le parece á usted bien el sitio?
- SEVERO. Sí, mas pacífico no puede ser.
- BENITO. Luégo tomaremos dos pistolas, se cargará una solamente, las echaremos á la suerte, y despues á boca de jarro... ¡BRRRN! (Imita un tiro.)
- SEVERO. Eh? (Con terror.)
- BENITO. Ya ve usted que el asunto no puede ser más sencillo.
- SEVERO. Sí. Muchísimo. Pero... yo qué tengo que ver con usted ni con las pistolas, ni... quede usted con Dios! (Echa á correr hácia el forro.)
- BENITO. Eh! Quieto ahí! (Le tira el baston á los piés y lo detiene.)
- SEVERO. Ay! Que me ha deshecho usted un pie!
- BENITO. No haga usted caso. Es el azogue. Ya se lo había prevenido.
- SEVERO. Sí; lo comprendo. Pero... con permiso de usted me voy ahí dentro á ponerme un poquito de árnica.
- BENITO. (Cogiéndole por el brazo.) Usted no se va á ninguna parte. Venga usted aquí y escúcheme sin pestañear.
- SEVERO. Pero, caballero, que me mete usted las uñas en la carne!
- BENITO. Ya sabe usted lo que es.
- SEVERO. Sí, el azogue. Pero á mí me sienta muy mal el azogue en forma de uña.
- BENITO. Escúcheme usted, señor de Ventanillo.
- SEVERO. Tragaluz, Tragaluz si usted gusta.
- BENITO. Usted no me conoce?
- SEVERO. No señor; cómo no sea para servirle.
- BENITO. Pues, bien; una palabra se lo revelará á usted todo!
- SEVERO. Todo!... (Pero, Dios mio, quién será este hombre?)
- BENITO. (Con gravedad.) Soy el papá de Pepita!
- SEVERO. Por muchos años.
- BENITO. Se burla usted?
- SEVERO. No señor. Me dice usted que es el papá de Pepita. Pues bien; lo celebro, y que sea por muchos años.
- BENITO. Es decir, que se niega usted?

SEVERO. Á qué me niego?

BENITO. Por lo visto, á todo!

SEVERO. Hombre, yo no me niego á nada. Con tal de que...

BENITO. De veras? Venga un abrazo. (Lo abraza.)

SEVERO. Ay! hombre; que me aprieta usted demasiado!

BENITO. No lo extrañe usted. La emocion... el ver que al fin se decide usted á reparar su falta.

SEVERO. Mi falta? Bueno; si he cometido alguna la remediaré; pero por más que recuerdo... Ah! sí...

BENITO. Lo ve usted, hombre?...

SEVERO. Sí, efectivamente; el otro día eché un borron en una real orden.

BENITO. No se trata de eso. Comprendo que para usted es enojoso el entrar en detalles, y vamos al grano.

SEVERO. Á qué grano?

BENITO. No me venga usted con cuchufletas y responda. Qué día le puedo decir á Pepita que será para ella el gran día!

SEVERO. El gran día? El gran día de Pepita ha dicho usted? El diez y nueve de Marzo, día de San José.

BENITO. Digo, el día de la reparacion! (Pausa breve.) Pues entónces que ella lo fije, ¿eh? Le parece á usted bien?

SEVERO. Perfectamente. Á mí me tiene sin cuidado.

BENITO. Pues vaya, hasta dentro de un rato. Voy á decirle que está usted conforme. Se volverá loca de alegría, mi mujer lo mismo, yo igual, y toda la familia...

SEVERO. (Pues va á quedar buena la familia!)

BENITO. Usted me esperará aquí. Yo volveré, y luégo nos vamos juntos. Le parece á usted bien?

SEVERO. Magnífico! (Como no llesves otra compañía...)

BENITO. (Volviéndose desde la puerta.) Una palabra todavía, señor de Claraboya.

SEVERO. Tragaluz, Tragaluz si usted gusta.

BENITO. Debo advertirle á usted una cosa. Hasta luégo ó hasta la tumba! (Váse foro.)

SEVERO. Bonito sitio para una cita.

ESCENA V.

D. SEVERO.

Pues señor, qué he hecho yo para que ese bárbaro me persiga de semejante manera? ¿Qué tengo yo que ver con esa Pepita, ni con el melon de su padre? Nada, lo mejor es escurrir el bulto: me voy á la oficina; le pido licencia al jefe, diciéndole que mi mujer se está muriendo: me voy á San Sebastian con el dinero de don Tomasito, y cuando volvamos me mudo de casa y le hago perder la pista. Manos á la obra. (Se pone el sombrero y se dirige rápidamente hácia el foro)

ESCENA VI.

DICHO y RESTITUTO, despues BARTOLO.

REST. (Por el foro.) Beso á usted la mano.

SEVERO. (Rápido.) Servidor de usted. ¿Qué se le ofrece?

REST. Poca cosa. Saber si ha llegado á esta casa una señora de San Sebastian.

SEVERO. No señor; aquí todos somos de Alcobendas.

REST. No digo eso; sino si ha venido de San Sebastian.

SEVERO. Tampoco; aquí no viene nadie, ni pára nadie un momento; yo me voy á marchar ahora mismo.

REST. Entónces beso á usted la mano. (Váse.)

SEVERO. Vaya usted con Dios. Preguntará este tío por mi mujer? Ó vendrá equivocado? En fin, me voy á la oficina ántes que vuelva ese bárbaro.

BART. (Foro.) Aquí le traigo á usted el *crabito*, don Severo.

SEVERO. Gracias, ahora no puedo detenerme... cómaselo usted y si viene álguien dígale usted que estoy muy malo, que me he muerto, y he salido en seguida para el extranjero... ó si no, al revés, vaya, buen viaje, y hasta la vuelta, escribir en llegando... (Al foro.)

BART. (Pero qué le pasa á don Severo?) (D. Severo al ir á salir se encuentra con una señora.)

ESCENA VII.

DICHOS y DOÑA JOSEFA.

JOSEFA. Beso á usted la mano.

SEVERO. Otra? (Hoy por lo visto tengo besamanos en casa.)

JOSEFA. Deseaba hablar á usted dos palabras en secreto.

SEVERO. Pues mire usted, es imposible, se está muriendo un amigo mio de la fiebre amarilla.

BART. (Pero cuántas vesitas tiene hoy don Severo!)

JOSEFA. Caballero, si usted no me escucha morirán tres personas en Madrid esta noche.

SEVERO. Aprieta!

JOSEFA. Sí señor, tres personas. Ella, el inocente, y yo. ¿Qué dice usted á eso?

SEVERO. Nada; que me parecen muchas muertes para una sola noche.

JOSEFA. En vista de lo que acabo de decir á usted, está usted dispuesto á escucharme?

SEVERO. Sí señora.

JOSEFA. Es que tiene que ser en secreto.

SEVERO. Tio Bartolo, tome usted el portante.

BART. Voy, voy en seguidita. (Si lo supiera su mujer! Se lo contaré cuando güelva.) (Váse foro.)

ESCENA VIII.

D. SEVERO, DOÑA JOSEFA.

SEVERO. (Muy vivo.) Ea! Ya estamos solos! Desembuche usted en dos palabras, porque tengo que salir en seguida.

JOSEFA. Ante todo. ¿Es usted el señor don Severo Traga... Traga.

SEVERO. Tragaluz. Para servir á usted.

JOSEFA. Bien, yo sabía que usted tragaba algo, pero no recordaba el que...

SEVERO. Pues ea, ya lo sabe usted. Qué se le ofrece?

JOSEFA. No me conoce usted?

SEVERO. No señora.

JOSEFA. Pues bien, yo soy la madre.

SEVERO. Me alegro mucho. (Con indiferencia)

JOSEFA. La madre de Pepita, quiero decir.

SEVERO. (Adios mi dinero!) Y qué? (La echaremos de jaque.)

JOSEFA. Y qué? me pregunta usted? Parece mentira! Estando casado en secreto con mi hija.

SEVERO. Yo? Casado en secreto!

JOSEFA. Sí señor. Y sin embargo no me pregunta usted cómo está Pepita. La infortunada Pepita?

SEVERO. No señora, me tiene sin cuidado.

JOSEFA. Bien dice mi marido, que debe usted ser un mónstruo.

SEVERO. Ah! Su marido de usted dice que yo soy un mónstruo?

JOSEFA. Sí señor; y sólo habiendo sabido por las cartas que le hemos cogido á Pepita, el nombre y la profesion de usted, nos ha sido posible venir á conocerle.

SEVERO. Pues crea usted, señora, que lo siento mucho. Conque quede usted con Dios, porque ya le estarán dando á mi amigo la uncion, y tendría mucho gusto en hallarme presente.

JOSEFA. Espere usted un momento, y pensemos en otro cuadro más desconsolador.

SEVERO. Pero, señora, por qué hemos de pensar en cosas tan tristes?

JOSEFA. Porque es nuestro deber! Véala usted á ella, afligida, ruborosa, en el lecho del dolor, haciéndome la confesion de su falta. Véame usted á mí, afligida y ruborosa, oyéndola. Vea usted á mi marido, que no ha llorado desde que entró en Madrid el general Espartero, oyéndola tambien con las lágrimas en los ojos. Véanos usted á todos desconsolados. Tres dias sin probar alimento: tres dias sin acostarnos. Tres dias llorando á lágrima viva. Ella, entre la vida y la muerte: yo, entre la muerte y la vida, mi marido entre... Ah! se enternece usted? Llorat Grâcias á Dios!

SEVERO. (Que habrá ido enterneciéndose.) Pues no he de llorar, señora, si lo que me cuenta usted es capaz de hacer llorar

á las piedras.

JOSEFA. Pues bien; al fin salimos del apuro. (Con indiferencia.)

SEVERO. Me alegro mucho.

JOSEFA. Mi marido salió de casa echando sapos y culebras por aquella boca.

SEVERO. Estaría bueno!

JOSEFA. Y supongo que habrá venido á verle á usted.

SEVERO. No señora... digo, sí... digo, no sé, porque yo no conozco á su marido de usted. (Finjamos.)

JOSEFA. Pero qué corazon debe usted tener tan duro!

SEVERO. Mire usted, señora, yo no sé á punto fijo si lo tengo duro ó blando; lo que sé es que me está usted haciendo perder un tiempo precioso.

JOSEFA. Y nada, usted insensible; sin preguntar siquiera cómo está ella! Sin preguntar siquiera lo que ha dicho ella! Sin preguntar siquiera cómo fué; á qué hora fué, cuándo fué, lo que ha sido, cómo se llama, cómo es...

SEVERO. Señora, á mí no me gusta meterme donde no me importa.

JOSEFA. Es decir, que lo mismo le da á usted que haya sido macho que hembra?

SEVERO. Exactamente igual, señora.

JOSEFA. Pues bien; sépalo usted para su regocijo. Ha sido macho. (Con solemnidad.)

SEVERO. Lo celebro mucho.

JOSEFA. Y para que cargue usted como es debido con el mochuelo, se lo traigo á usted.

SEVERO. El qué? Un mochuelo? No me gustan.

JOSEFA. No señor; su hijo de usted. Ahí lo tiene usted, déle usted un beso. (Le da un niño que traerá bajo el manton.)

SEVERO. (Sin tomarlo) Pero, señora, quién le ha dicho á usted que este chiquillo es mio?

JOSEFA. Hombre, se necesita descaro!

SEVERO. Para lo que se necesita descaro es para enviarle á uno un mamón de este calibre, sin comerlo ni beberlo!

JOSEFA. Vaya, no se haga usted el desentendido. Ella lo ha dicho, las cartas lo dicen; mi corazon me lo dice tambien;

y si hubiera alguna duda, la cara de este angelito lo está diciendo á voces, porque es la de usted.

SEVERO. No señora, la mia es ésta. (Se toca la cara.)

JOSEFA. Basta de broma. Tómelo usted. Búsquele usted ama, y ántes de ocho dias cumpla usted con su deber, casándose públicamente con mi hija.

SEVERO. Yo?...

JOSEFA. Sí señor. Usted.

SEVERO. (En seguidita!)

JOSEFA. Ahí dejo el niño. (Colocándole sobre un sofá.)

SEVERO. (Devolviéndoselo.) Señora, haga usted el favor de llevárselo.

JOSEFA. (Sin tomarlo.) Y si usted se niega á casarse, ya le harán entrar en razon; porque debo advertirle á usted que mi marido y sus siete hermanos todos son carabineros.

SEVERO. (Aprieta.) (Vuelve á dejarlo sobre el sofá.)

JOSEFA. Ah! Y no crea usted que hemos querido desentendernos de la criatura por no mantenerla!

SEVERO. No. Y me la empujan ustedes á mí.

JOSEFA. No señor. Sino, que conociendo el geniazo de mi marido no he querido que lo vea hasta despues de la boda, porque es capaz de agarrar al angelito por los piés y estamparlo contra la pared.

SEVERO. Sí? Pues en cuanto venga aquí, se lo entrego.

JOSEFA. Pero hombre, usted es católico?

SEVERO. Sí señora, y apostólico manchego, digo romano, y hermano mayor de siete cofradías. Lo que no soy es padre de este muñeco.

JOSEFA. No?

SEVERO. Pero señora, llévase usted este chico. (Vuelve á coger el niño. Mucha animacion.)

JOSEFA. Caballero, este niño no me pertenece. (Id)

SEVERO. Ni á mi tampoco. Conque cargué usted con él.

JOSEFA. Y observe usted que no le llamo hijo.

SEVERO. Me tiene sin cuidado.

JOSEFA. Ni se lo llamaré, hasta que le echen las bendiciones con toda solemnidad.

SEVERO. Pues espere usted sentada.

JOSEFA. (Al foro) Muy buenos dias.

SEVERO. Eh! Eh! que yo no me quedo con este trasto.

JOSEFA. No? Pues ahora vendrán mis cuñados los carabineros.

SEVERO. No! no! Que no se molesten, porque voy á salir ahora mismo.

JOSEFA. Beso á usted la mano. (Váse rápidamente forc.)

SEVERO. Maldita seas!

ESCENA IX.

D. SEVERO, despues el TIO BARTOLO.

SEVERO. Pues señor, y qué hago yo ahora con este chiquillo? La fortuna es que no está mi mujer en Madrid, que si estuviera...

BART. (Por el foro.) Se pué pasar?

SEVERO. Adios! El Tio Bartolo! (Oculta el niño bajo el gaban, que será muy ancho.) Qué ocurre? vamos, ¿qué ocurre?

BART. Pus ná; que ahora ha pasao por la puerta ese señorito que viene á verle á usted algunas veces, y que le dicen don Tomasito. (Bartolo se acerca mucho á D. Severo, y esto se aparta da aquel para que no tropiece con el niño.)

SEVERO. Y qué?

BART. Ná, que ma preguntao si estaba usted en casa.

SEVERO. Y qué? (Cada vez más impaciente.)

BART. Ná, que le he dicho que sí.

SEVERO. Y qué?

BART. Ná, que ma dicho, dice, pus voy á crompar cigarros en el estanco de la esquina y en seguida güelvo.

SEVERO. Y qué, hombre, y qué?

BART. Pus ná; dije, digo, le avisaremos á don Severo que va á subir don Tomasito, pa que no le coja *enfregati* con esa señora.

SEVERO. Bueno, pues muchas gracias. Vaya usted con Dios. Estoy enterado.

BART. (Cogiendo un cepillo.) Ya... ya me voy, pero ántes voy á cepillarle á usted el gaban como toos los dias. (Se acerca

y trata de cepillarle.)

SEVERO. (Evitándolo.) No... no me hace falta; está muy limpito.

BART. Qué ha de estar bien, si lo lleva usted too manchao.

SEVERO. (Adios! Ahora le da al chico en la cabeza con el cepillo, y me ahorcan.)

BART. Pero estése usted quieto, don Severo. (Cepillándole por delante.)

SEVERO. No... por ahí no; por la espalda.

BART. Pero si ande tiene usted la mancha es aquí alante, en el costao.

SEVERO. Pues nada, no quiero que me lo limpie usted. Ahora se estila llevar los gabanes con una mancha en este lado.

BART. (Asombrado.) De veras?

SEVERO. Pero aún está usted aquí?

BART. No señor, ya me marchó. (Al foro.)

SEVERO. Vaya usted con Dios!

BART. Lo dicho, á don Severo le sucede algo gordo. (Váse foro.)

ESCENA X.

D. SEVERO.

Ah! Gracias á Dios! Vamos á ver si he ahogado á este angelito! No . parece que no. Hombre, y no es feo el pobrecillo. Pero do dónde diablos habrán sacado que yo soy el padre de esta criatura?

ESCENA XI.

DICHO y TOMASITO por el foro. Llega de puntillas hasta colocarse detrás de D. Severo.

TOM. Hola! Hola! Está usted convertido en ama de cria?

SEVERO. Ay! Don Tomasito de mi alma! Sáqueme usted de este apuro!

TOM. De qué apuro?

SEVERO. Hombre! Pues no lo está usted viendo?

TOM. Yo no veo más que un niño. Muy bonito por cierto.

SEVERO. Sí? Le gusta á usted?

TOM. Mucho. Porqué es muy lindo. (Le da un bes.)

SEVERO. Ah! Vamos, usted es el padre? Acabáramos!

TOM. Yo, qué he de ser el padre? sino que me gusta.

SEVERO. Pues entónces se lo regalo á usted. Quédese usted con él.

TOM. Yo?

SEVERO. Pues es claro. No dice usted que le gusta tanto?

TOM. Si señor, pero yo qué tengo que ver con él?

SEVERO. Y yo? (Entra rápidamente en la alcoba, primera derecha, y deja el niño.)

TOM. Hombre, algo tendrá usted que ver, cuando le encuentro con él en los brazos. (Vuelve á salir D. Severo sin el niño.)

SEVERO. Pues vea usted lo que son las cosas. El mismo parentesco tengo yo con ese chico, que con el Preste Juan de las Indias.

TOM. Vamos, algo más será. Sea usted franco.

SEVERO. Qué franco ni que ocho cuartos? Le digo á usted que no.

TOM. Vamos, ya sé yo que en Capellanes, más de cuatro buenas mozas se morían por ese cuerpo.

SEVERO. Pues tendrían buen gusto!

TOM. Además, el chico ese tiene en los ojos y en la nariz algo de usted.

SEVERO. Pues que me lo devuelva.

TOM. Y á qué andar con misterios conmigo? Yo soy su amigo. Le he dado pruebas; esta misma mañana le he mandado á usted otros dos mil reales, para que Policarpa siga bañándose.

SEVERO. Sí señor, muchas gracias; usted es nuestra Providencia.

TOM. Por lo tanto, bien puede usted confiarme sus secretillos.

SEVERO. Pero si aquí no hay secreto ni cosa que lo valga!

TOM. Vamos, dígamele usted todo. Le ayudaré á engañar á su mujer, porque no irá usted á decirle...

SEVERO. Eso no! Hay que ocultárselo... como es tan celosa, aunque le dijera el mismo santo padre que yo era inocente, no lo creería.

TOM. Pues entónces razon de más, para que usted me confiese...

SEVERO. Pero si no tengo nada que confesar. Mire usted, aquí ha venido un azogado, y me ha dicho: «Soy el padre de Pepita.»

TOM. Holal Vino el suegrò?

SEVERO. Bueno! Llamémosle así. Despues me dijo: «Ó repara usted su falta ó ¡Brrrun! (Imita un tiro.)»

TOM. (Con extrañeza.) Brrrun!

SEVERO. Brrrun! Quiere decír que me deja seco como un pajarito.

TOM. Ya!

SEVERO. Luégo, ha venido una vieja, y me ha dicho: «Caballero, cargue usted con el mochuelo.»

TOM. ¿Y le ha dado á usted un mochuelo? -

SEVERO. No señor, ese chico.

TOM. Perfectamente!

SEVERO. Cómo perfectamente?

TOM. Nada; que es lo más natural.

SEVERO. Para usted, pero no para mí.

TOM. Pero vamos á ver, don Severo. Usted no recuerda haber tenido alguna aventurilla en el carnaval pasado? Yo le ví á usted una noche en Capellanes muy ocupado durante el descanso.

SEVERO. Hombre, si llama usted ocupacion á hablar cuatro palabras con las personas que uno conoce...

TOM. Vamos, que bien cenaba usted una noche con cierta turca. ¡Picarillo!

SEVERO. ¡Ah! Me vió usted? (Naturalmente.)

TOM. Sí señor.

SEVERO. Pero si aquella turca era una turca de Navalcarnero, que se llamaba Sinforosa! Y nó tenía padres, ni los ha tenido en su vida, ni yo la escribí, ni he vuelto á verla!

TOM. Entónces no hay duda; eso chico es un Tragaluz en toda regla.

SEVERO. Pues me he divertido!

TOM. Hombre, no se aflija usted por eso.

- SEVERO. Y qué le parece á usted que haga?
TOM. Criarlo.
SEVERO. Yo?
TOM. Usted precisamente, no. Le buscaremos un ama.
SEVERO. Y con qué dinero?
TOM. Con el mio.
SEVERO. Ay! Don Tomasito de mi a'ma! Usted me salva! Pero...
TOM. Qué ocurre?
SEVERO. Y cuando vengan los carabineros?
TOM. Qué carabineros?
SEVERO. Los tíos y el abuelo del chico: que han jurado venir para hacerme casar, aunque sea á la fuerza, con la infortunada Pepita. Qué hago en ese caso?
TOM. Entónces emigra usted.
SEVERO. Y con qué dinero?
TOM. Con el mio.
SEVERO. Hombre, con qué facilidad se hace todo teniendo dinero. Por qué no se casa usted con esa jóven, usted que es rico, y me saca usted del compromiso?
TOM. Ay! Si no puedo casarme.
SEVERO. Tiene usted algun impedimento?
TOM. No, sino que mi papá no me deja hasta que sea licenciado en veterinaria.

ESCENA XII.

DICHOS y el TIO BARTOLO.

- BART. (Foro.) Don Severo! Don Severo?
SEVERO. Qué ocurre?
BART. Na: que acaba de parar en la puerta un *únibus* de esos del *firro-carril* y me paece que viene en él doña Palicarpa.
SEVERO. (Adios mi dinero!) Baje usted, tío Bartolo, baje usted corriendo. Dígala usted que voy en seguidita. Ande usted, hombre, ande usted. (Váse Bartolo por el foro.)
TOM. Y qué hacemos?
SEVERO. No lo sé. Lo primero es quitar el niño de esa cama.

(Entra rápidamente en la alcoba y saca el niño.)

TOM. Me ocurre una idea. (Mucha animacion hasta el final.)

SEVERO. Claro, como usted tiene dinero, se le ocurre todo.

TOM. Dígale usted la verdad á su señora.

SEVERO. Hombre, para ese viaje no necesitaba alforjas.

TOM. Entónces...

SEVERO. Entónces sea usted magnánimo como siempre, don Tomasito. Hágame usted el favor de llevarse este chico por de pronto, luégo me lo devolverá usted si no le gusta...

TOM. Bueno, me lo llevo; pero por de pronto, eh?

SEVERO. Y para siempre si usted quiere, se lo regalo.

TOM. Venga pues, y salgamos á recibir á Policarpa. (Coge al niño, y le oculta bajo el gaban ó carrik.)

SEVERO. Ay! Dios se lo pague á usted, don Tomasito.

ESCENA XIII.

DICHOS y **POLICARPA** por el foro con una manta de viaje en una mano, y en la otra un gran cabás ó cesta.

POLIC. Severo, Severo de mi corazón! Aquí me tienes.

SEVERO. Policarpa de mi vida! (Se abrazan.) (Maldita seas!)

TOM. Muy bien venida, Policarpa. (Abrochándose el gaban.)

POLIC. Hola! Tomasito, usted por aquí? Cuánto me alegro! Vengan esos cinco! Qué? No quiere usted darme la mano?

SEVERO. No... mira, es que no puede, ni debe.

POLIC. Por qué?

TOM. Pues le diré á usted, Policarpa...

SEVERO. No... yo te diré... es porque el pobre ha tenido el sarampion, y las viruelas, y tiene todavía las manos que da lástima vérselas... y podría contagiarte. Anda, anda, siéntate, que yo voy á acompañarle hasta la puerta.

TOM. Vaya, muy bien venida, Policarpa.

POLIC. Adios, Tomasito, y que usted se alivie.

SEVERO. Muchas gracias. (Vánse foro Severo y Tomasito.)

ESCENA ÚLTIMA.

POLICARPA, despues BARTOLO.

POLIC. Me dejan sola. Perfectamente. Saquemos de la cesta á la criatura, para que no se ahogue. (Lo que indica el diálogo.) Ha sido una suerte que me hayan encargado de esta niña, con la cual me parece que la fortuna se nos ha entrado por las puertas. Voy á dejarla sobre mi cama. Luégo veré á los abuelos, para los que traigo esta carta, y le contaré el caso á Severo, porque como es tan escrupuloso podía enfadarse si la viera de pronto. Pero aquí no hay nada malo, sus padres están casados en secreto... ¡angelito! aún no ha soltado el biberon! (Entrando por la primera lateral derecha.)

BART. (Per el foro con una maleta y un baul pequeño.) Doña Policarpa con un chiquillo! ¡Le han prebao los baños!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

POLICARPA, BARTOLO.

BART. (Dirigiéndose hácia la primera puerta de la derecha y con el baul al hombro.) *Pus* señor, yo no creía que los baños de mar fuesen tan *aprepósito* ni tan *desficaces*, pero, por lo visto no hay *denguna medicina mas fuerte*.

POLIC. (Saliendo por la derecha, primer término.) ¿Adónde va usted, tío Bartolo?

BART. *Pus* ya lo ve usté, *adrentro*.

POLIC. (Remedándole.) Y á que va usted *adrentro*?

BART. *Pus* ya lo ve usté! Á dejar este *badul* en su sitio.

POLIC. Ese no es su sitio.

BART. *Pus* cuando usté se fué á San Sebastian, *day* lo *sa- quemos*.

POLIC. Pues ahora lo deja usted en esta sala.

BART. Ya! (No *quié* que lo vea.) (Deja el baul en el suelo.)

POLIC. Bueno, ahora deme usted noticias de mi marido. Ya sabe usted que le quiero con toda mi alma.

BART. Si *siño*?a.

- POLIC. Ya sabe usted que pude casarme con tres mayores de plaza, que ninguno cogía por esa puerta.
- BART. Claro, si eran los mayores ..
- POLIC. Y los dejé por él.
- BART. Qué les dejó usted?
- POLIC. Nada, hombre, sino que no me casé con ellos. Se enteró usted? (Zopenco!)
- BART. Si *siñora*.
- POLIC. Ya sabe usted que no me he separado nunca de mi esposo, más que las veces que he salido sola.
- BART. Si *siñora*.
- POLIC. Ya sabe usted que donde ménos se piensa salta la liebre.
- BART. Si *siñora*.
- POLIC. Y bien, ¿qué me dice usted?
- BART. (Con cierto misterio.) La verdá, doña Palicarpa, que la liebre ha *saltao*!
- POLIC. (Muy alarmada.) ¿Usted la ha visto?
- BART. Lo que es la liebre, no, pero *pr* el caso es lo *mesmo*.
- POLIC. (Incomodándose gradualmente.) Habráse visto libertino! Á los cincuenta y seis años! Vamos, vamos, cuénteme usted, que no lo perderá.
- BART. *Pus miusté*. Lo primero y *prencipal* que á mi *ma escamao*, fué que esta mañana me *manduvo* traerle *pa* almorzar golondrinos.
- POLIC. Ave María Purísima!
- BART. Luégo me *manduvo* traerle atun, luégo *crabito* y *dempues ná*.
- POLIC. (Con asombro.) No almorzó?
- BART. No *siñora*.
- POLIC. Y por qué?
- BART. Yo creo que fué porque se *marchó* sin almorzar.
- POLIC. Está claro.
- BART. No *siñora*, no está claro; porque *dimpues* vino uno, y *dimpues* vino otra.
- POLIC. Una mujer?
- BART. Sí *siñora*.
- POLIC. (Muy enojáda.) Una mujer en mi casa! ¿Y cómo era?

- BART. *Pus* cómo había de ser; como *toas* las mujeres.
- POLIC. Gracias, tío Bartolo. Esté usted al cuidado de todo lo que suceda, y no me oculte usted nada.
- BART. No *siñora*, yo no la *ocultio* á *usté* nada.
- POLIC. Vaya, ahora tome usted por haber subido el baul. (Le da una moneda.)
- BART. Muchas gracias.
- POLIC. Ya puede usted retirarse.
- BART. *Pa servir* á *usté*. (Va al foro y vuelve.) Ah! Se me *olvidaba*.
- POLIC. Qué le ocurre á usted?
- BART. *Ná*. Darle á *usté* la enhorabuena. (Con cierto misterio.)
- POLIC. Por qué?
- BART. *Pus* claro; porque *lan prebao* á *usté* bien los baños. (Sonriéndose.)
- POLIC. (Deseando que se vaya.) Sí, perfectamente, muchas gracias.
- BART. *Pa servir* á *usté*. (Va al foro y vuelve.) Ah! Se me *olvidaba*.
- POLIC. (Ya impaciente.) ¿Otra cosa?
- BART. Sí *siñora*. *dicirle* á *usté* que *conozgo* á *toas* las amas de cria del barrio é *infulas anyacentes*.
- POLIC. (Adios, este ha visto algo!) Bueno, me alegro mucho.
- BART. *Sirvidor* de *usté*. (Va al foro y vuelve.) ¡Ah! Se me *olvidaba!*
- POLIC. Todavía?
- BART. Sí *siñora*. *Dicirla* á *usté* que si quiere tomar algo, aún debe estar por ahí el cuarto del *crabrito* de don Severo; digo, el que traje *pa* don Severo.
- POLIC. Bueno, lo agradezco mucho.
- BART. Lo que no *malcuerto* es *ande* lo puse. (Da una vuelta por el escenario, como buscándolo.)
- POLIC. Bueno: yo lo buscaré.
- BART. (Volviendo desde el foro.) Ah! Ya me *alcuerdo ande* lo puse.
- POLIC. Dónde lo puso usted?
- BART. Me lo he comido. (Muy gravemente.)
- POLIC. Pues que le haga á usted buen provecho.

BART. *Pa servir á usted!* (Váse por el foro.)

ESCENA II.

POLICARPA.

Pues señor, al bueno de mi marido le pasa algo. Ah! Y aquí tengo la prueba! (Recogiendo del suelo un imperdible.) Un imperdible! Y no es mio!... Ya le ajustaré yo las cuentas. Habrá infame! Y no es feo! Las siete notas de la música. Sí, para solfas está el tiempo. Encárguese usted como he hecho yo, de una niña, producto de un matrimonio secreto, con objeto de ganar algún dinero, y reciba usted semejante pago. Pero pensemos en la pobre criaturita. Me voy en un momento á casa de los abuelos, á decirles que hemos llegado sin novedad. Aquí tengo la carta para que me conozcan. Luégo buscaremos un ama. (Campanilla dentro.) Este debe ser Severo. Voy á arañarle interinamente. (Váse foro.)

ESCENA III.

DICHA y D. BENITO.

BENITO. Muy buenos dias.

POLIC. Caballero, no tengo el honor de conocer á usted.

BENITO. Ni yo tampoco, pero eso no importa.

POLIC. No, usted dispense; yo sí creó que importa, porque como en este Madrid hay tanto tuno!...

BENITO. Señora! Usted sabe con quién habla?

POLIC. No señor, por eso se lo pregunto á usted. Además, cómo está usted tan intranquilo... Tiene usted hormiguillo?

BENITO. No señora, es el azogue. Ya se lo explicaré á usted otro dia.

POLIC. (Sí, no tienes mal azogue en el cuerpo.)

BENITO. Conque vamos al grano.

POLIC. (Qué grano será ese?)

BENITO. Supongo que usted estará enterada de todo lo que hay en la casa, ¿eh? Absolutamente de todo.

POLIC. Claro: como que hace quince años que estoy en ella.

BENITO. (Vamos, esta es el ama de llaves.) Entónces tome usted esto. (La da unos pañales y una gorrita envueltos en un papel.)

POLIC. Y qué es esto?

BENITO. Mírelo usted.

POLIC. Ah! Vamos, una envoltura para el angelito! Segun eso usted es...

BENITO. Soy el abuelo!

POLIC. De veras? Cuánto me alegro! Siéntese usted. ¿Cómo está usted? Y la familia de usted? Ahora iba yo á su casa de usted. He llegado en este momento de San Sebastian.

BENITO. Ha ido usted á misa?

POLIC. No señor, pero iré luégo si usted no dispone otra cosa.

BENITO. Por mí haga usted lo que le parezca.

POLIC. Pero por dónde ha sabido usted?... (Deja la envoltura sobre una cómoda, pero envuelta en el papel.)

BENITO. Por mi hija.

POLIC. Ah, vamos, ya comprendo. (Le habrá escrito.)

BENITO. Dentro de un rato vendrá un ama. Pero excuso encargarle á usted la mayor reserva.

POLIC. No tenga usted cuidado. Yo tambien tengo que pedirle á usted un favor.

BENITO. Usted dirá.

POLIC. En primer lugar debo decirle á usted que yo soy casada.

BENITO. Me alegro mucho.

POLIC. Me casé en esta casa; conozco á todos los inquilinos y no quisiera que se supiera que me he encargado de la criatura hasta que yo se lo dijera á mi marido; porque es algo obtuso, de modo que si se lo encuentra usted al bajar la escalera no le diga usted nada.

BENITO. Viva usted descuidada. (Vamos, es la mujer del portero.) (Campanilla.)

POLIC. Voy á abrir. Por supuesto no se olvide usted...

BENITO. No tenga usted cuidado. (Váse Policarpa por el fondo.)

ESCENA IV.

DICHOS y D. SEVERO.

BENITO. Hola, señor don Severo!

SEVERO. (Aquí fué Troya!)

POLIC. (Calla! Se conocen.)

BENITO. (Dándole la mano.) Sigue usted bien?

SEVERO. Sí, perfectamente. (Haga usted el favor de no comprometerme.)

BENITO. (Qué, no sabe que usted es el padre?)

SEVERO. (No señor. He dicho que era un amigo.)

POLIC. (Por qué hablarán en secreto?)

BENITO. Conque no tengo que decir á usted nada más que...

SEVERO. (Interrumpiéndole.) Sí, eso es lo mejor. Cuanto menos se hable, menos cuestiones. Beso á usted la mano. (Despidiéndole.)

BENITO. Sino que en casa están muy satisfechos de la conducta de usted.

SEVERO. Me alegro mucho. (Llevándole á un extremo de la escena.)

BENITO. De manera que cuando ella se restablezca celebraremos el fausto suceso, y llenaremos las formalidades de la ley. Le parece á usted bien?

SEVERO. Sí, perfectamente. Beso á usted la mano.

BENITO. Y no me pregunta usted por Pepita, hombre?

SEVERO. Ah! Sí. ¿Cómo está Pepita? (¡Maldita sea!)

BENITO. Perfectamente!

SEVERO. (Así reventará!)

BENITO. Ah! mi mujer vendrá á darle á usted las gracias.

SEVERO. No, que no se moleste. Por recibidas. Beso á usted ..

BENITO. Entónces, hasta muy pronto.

SEVERO. Vaya usted con Dios!

BENITO. Abur, señora. (D. Severo le acompaña hasta el foro.)

ESCENA V.

POLICARPA, D. SEVERO.

- POLIC. Oye, ¿de qué conoces á ese desencuadernado?
- SEVERO. De... de qué le conozco?
- POLIC. Sí, porque parece que teneis negocios.
- SEVERO. Eso... eso es... tenemos negocios. (Y no flojos!)
- POLIC. Oye, ¿quién es esa Pepita?
- SEVERO. Qué... has oido?
- POLIC. Sí, he oido que por qué no le preguntabas por doña Pepita. Quién es doña Pepita? Responde sin atragantarte.
- SEVERO. Pues... pues quién ha de ser? doña Josefa.
- POLIC. Y quién es doña Josefa?
- SEVERO. Pues es... es la mujer de ese señor.
- POLIC. Y ese fausto suceso que vais á celebrar?
- SEVERO. Tambien has oido lo del fausto suceso, eh?
- POLIC. Tambien.
- SEVERO. Pues es... es un favor... un favor que yo he hecho á esa familia. (Qué favor les habré yo hecho? Ah! Ya sé.) Un expediente que tengo en la oficina; la viudedad de esa doña Josefa que he despachado favorablemente.
- POLIC. Pues no dices que es la mujer de ese señor?
- SEVERO. No, yo no he dicho eso, sino que tú te confundes.
- POLIC. No, bien claro lo has dicho.
- SEVERO. Pero tú no lo has entendido: porque, verás... verás... esa doña Pepita es viuda.
- POLIC. Quedamos en que es viuda?
- SEVERO. Sí. (Menu lo lío voy armando.)
- POLIC. Y cómo si es viuda está casada con ese señor?
- SEVERO. Por lo mismo, porque despues de viuda se ha casado con ese señor, pero... pero tenía algunas pagas atrasadas... y esas... esas son las que yo le he sacado, y... y por eso me da las gracias, y.. y por eso me quieren tanto, y por eso quieren convidarme á comer, y .. por eso... (Yo sudo tinta.)

- POLIC. Oye, ¿y dónde has ido con don Tomasito que has tardado tanto?
- SEVERO. He tardado?
- POLIC. Y—me parece que para acompañarle hasta la puerta, como dijiste, no se necesita tanto tiempo.
- SEVERO. Pues se necesita. Porque yo... yo te he dicho que... que iba á acompañarle hasta la puerta. Tú has entendido la de la casa y has entendido mal, era hasta la puerta de Toledo. Es una costumbre que tenemos. Conque ya ves cómo no he tardado.
- POLIC. Querido Severo, no lo niegues. Á tí te pasa algo gordo.
- SEVERO. (Y tan gordo!)
- POLIC. Tengamos una explicacion franca.
- SEVERO. Tienes razon Franquemonos!
- POLIC. (Despues de todo se ha de alegrar. Y ya que conoce al abuelo...)
- SEVERO. (Yo le diría la verdad, pero me va á creer culpable.)
- POLIC. En primer lugar, tú eres un libertino!
- SEVERO. Yo?
- POLIC. Y si no prueba al canto. Do, re, mi, fa, sol, la, si. (Cantando.)
- SEVERO. Qué?
- POLIC. Do, re, mi, fa, sol, la, si! (Cantando.)
- SEVERO. Hola! Te dedicas ahora á la música?
- POLIC. Severito! No me vengas con cuchufletas. Mira este imperdible!
- SEVERO. Ya lo estoy viendo. Do, re, mi, fa, sol, la, si. (Cantando.)
- POLIC. Quién ha traído á casa este imperdible?
- SEVERO. Mujer... yo no los gasto.
- POLIC. Pues me lo he encontrado aquí.
- SEVERO. Entónces... entónces, lo habrá traído... doña Josefa... justo; doña Josefa, no ha podido ser otra. Ya no me acordaba y se lo ví puesto. Vino á lo de la viudedad, y...y... naturalmente, lo ha perdido.
- POLIC. Naturalmente, ¿eh? de manera que todas las que tratan de cobrar una viudedad pierden un imperdible?
- SEVERO. No, mujer, no he querido decir eso.

POLIC. Bueno, queda demostrado que eres un libertino.

SEVERO. Yo?

POLIC. Cállese usted, desvergonzado! Ahora oiga usted y juzgue de mi conducta, para que se horripile usted de la suya.

SEVERO. Pero...

POLIC. Chiton! Vamos á otro asunto.

SEVERO. VAMOS. (Se sientan juntos en el centro de la escena.)

POLIC. Querido Severo. Te gustaría tener un niño? (Con mucha coquetería)

SEVERO. Ya lo creo. El objeto de tu viaje á San Sebastian no ha sido otro. (Ella me abre camino.)

POLIC. Y quien dice un niño, dice una niña.

SEVERO. No, perdona. Quien dice un niño, no dice una niña; porque si quisiera decir una niña, lo diría, y asunto concluido.

POLIC. Y por qué no niña?

SEVERO. Mujer, porque las niñas dan muchos cuidados.

POLIC. Más dan los chicos.

SEVERO. Es decir que te niegas á tener un chico. (Muy enojado.)

POLIC. Me niego; ó niña ó nada. (Id.)

SEVERO. Pues entónces yo tambien me niego. Ó chico ó nada. (Pausa.)

POLIC. Pero vamos á ver. Si así como llovido del cielo nos ca-
yera encima un chiquillo...

SEVERO. (Adios, el abuelo le ha dicho algo!)

POLIC. Y ese chiquillo nos trajera quince duros, todos los me-
ses, en cada piececito?

SEVERO. Hombre, si se descolgase con unos zapatos de esa clase,
se los quitábamos y nos poníamos las botas.

POLIC. De manera que no dices que no?

SEVERO. No.

POLIC. Severo de mi vida! (Abrazándole.)

SEVERO. Policarpa de mi corazon! (Id.)

POLIC. (Lloriqueando y limpiándose los ojos con el pañuelo.) Ya sabía
yo que tú tenías muy buenos sentimientos.

SEVERO. (Id y sacando distraido un babero del bolsillo interior del ga-
ban.) Pues qué, te figuras que los empleados de Hacen-

da somos mónstruos?

POLIC. Ay! Severo! Qué es eso?

SEVERO. Esto? (Demonio!)

POLIC. No lo niegues. Es un babero de un recién nacido. De qué tienes tú esos adm'nículos! (Se lo quita.)

SEVERO. Yo?... (Aquí va á ser ella!)

POLIC. No lo niegues. Tú tienes trapicheos. Voy á sacarte los ojos.

SEVERO. Policarpa, yo te lo explicaré...

POLIC. Uno cuando ménos!

SEVERO. Pero, mujer, quién te ha dicho á tí que la planchadora, en lugar de un pañuelo, no me ha encajado este babero?

POLIC. No hay planchadora que valga!

SEVERO. Y quién te dice que ese chiquillo, que segun tú nos iba á caer del cielo, no ha empezado ya á soltar la ropa y me ha caído una gota en forma de babero?

POLIC. ¡Hola! Te vienes con bromitas? Pues bien, lo sabré todo ahora mismo. Ese caballero que ha estado aquí me lo dirá todo. Yo sé las señas de su casa. (Poniéndose el manton.)

SEVERO. (Anda! ¡Anda! Ya escampa y llovían capuchinos de bronce.)

POLIC. Qué; te figuras que no lo adivino? Esa doña Josefa debe ser el alma de este intríngulis, pero yo lo descubriré. (Poniéndose la mantilla.)

SEVERO. Pero, mujer, si yo no la he visto en mi vida!

POLIC. No, eh? Ya te lo dirán de misas!

SEVERO. Policarpa, detente!

POLIC. No me da la gana! Mamarracho! (Váse foro.)

ESCENA VI.

¡D. SEVERO, despues el TIO BARTOLO.

SEVERO Y qué hago yo ahora? Cómo evito que mi mujer se presente á ese maldito azogado? (Se pone el sombrero.)

BART. (Foro.) ¡Se *pué* pasar?

SEVERO. Adelante. Qué ocurre?

BART. — *Pus na*; he visto la puerta abierta y dije, digo, *pus* voy á darle la enhorabuena á don Severo.

SEVERO. (Sí, para enhorabuena estoy yo!)

BART. Y á *dicirle* á *usté*, que ya he *hablao* á la Ciriaca, y está conforme.

SEVERO. Y quién es la Ciriaca?

BART. No *pusté* *segurarse*, es una montañesa como una vaca, mejorando lo presente.

SEVERO. Lo celebro mucho, ¿y qué?

BART. *Pus na*, que cuando *usté* *indisponga* vendrá á encargarse de eso. (Señalando á la alcoba.)

SEVERO. Y qué es eso?

BART. Hombre, *demasio* lo sabe *usté*.

SEVERO. Yo?

BART. Y doña *Palicarpa* tambien.

SEVERO. Tambien ella? (Con ira reconcentrada.)

BART. Claro. *Pus* si ella no lo supiera... (Sonriéndose.)

SEVERO. (Nada; todo el mundo lo sabe!)

BART. Conque, ¿cuándo lo van *ustés* á bautizar?

SEVERO. Aquí no se bautiza nada.

BART. Qué, ¿lo van *ustés* á hacer judío?

SEVERO. Pero, hombre, qué judío ni qué ocho cuartos.

BART. Vamos, no *saga* *usté* el *desentendio*, y *premita* *usté* que le dé un beso.

SEVERO. Un beso á mí? Muchas gracias.

BART. No *siñor*, al chico.

SEVERO. Pero dónde está el chico?

BART. *Pus* dónde ha de estar? Ahí *drentro*, en la *alcobia*.

SEVERO. Sí? Pues venga usted conmigo y se convencerá de que es una calumnia que me ha levantado no sé quién. Ni yo tengo chicos, ni quiero tenerlos... Ni... (Se acerca á la primera puerta de la derecha seguido de Bartolo.) Pero qué veo? ¿Otra vez al chiquillo en mi cama?

BART. Lo ve *usté*?

SEVERO. (Volviendo al proscenio.) Pero, hombre, por dónde ha vuelto don Tomasito con el chiquillo?

- BART. Yo qué sé.
- SEVERO. Ay! Tio Bartolo! Sosténgame usted. Favorézcame usted!
- BART. (Sosteniéndolo.) Sí *siñor*, yo lo *desfavoreceré á usted too* lo que pueda.
- SEVERO. (Reprimiéndose.) Gracias, hombre, gracias!
- BART. Y diga *usté*, ¿cuántos baños han *sio* necesarios?
- SEVERO. Pero qué tienen que ver los baños?
- BART. *Pus* no ha ido doña Palicarpa á bañarse, *pa* eso, á San Sebastian?
- SEVERO. (Ah! Qué rayo de luz!) De manera que usted cree que ese niño es mio y de mi mujer?
- BART. *Pus* de quién había de ser?
- SEVERO. Es verdad; tiene usted razon, estaba distraido; pero no le diga usted nada á mi mujer, porque no lo sabe.
- BART. ¿Cómo, la madre no sabe?...
- SEVERO. No señor, es un caso raro de esos que registra la ciencia.
- BART. *Pus misté*, don Severo, yo no lo entiendo.
- SEVERO. Ni yo tampoco.
- BART. Yo le preguntaba á *usté* cuántos baños han *sio* necesarios, porque hay un *mitrimonio* en el tercero, que no tiene familia.
- SEVERO. Y qué?
- BART. *Na*; que al saber el *resultao* que le han *dao* los baños á doña Palicarpa, me han dicho, dice: Tio Bartolo, pregúnteles *usté* á esos *siñores*...
- SEVERO. (Desesperado) ¿De manera que tambien están enteraditos los del tercero?
- BART. Sí *siñor*.
- SEVERO. Pues estamos divertidos! ya lo sabe todo Madrid, y si me descuido saldrá esta noche en *La Correspondencia*.
- BART. *Pus* debía *usté* ponerlo, *pa* hacer un favor á los que se encuentran en el *mesmo* caso.
- SEVERO. Sí, en eso estoy pensando.
- BART. *Quiusté* que vaya á ponerlo?
- SEVERO. No señor; lo que quiero es que coja usted ese individuo y se lo lleve usted ahora mismo á la Ciriaca, ó á la In-

clusa, ó se lo regale usted al primero que pase por la calle.

BART. (*Pus señor; don Severo sagüello loco!*) (Campanilla.)

SEVERO. (Adios; esta es mi mujer!)

BALT. Voy á abrir. (Al foro.)

SEVERO. (Deteniéndole.) No, por Dios! Hágame usted el favor de no abrir; coja usted el chiquillo, y sálgase usted con él por la escalera interior.

BART. Güeno. (Entra en la alcoba y saca el niño envuelto en un manton.)

SEVERO. Ah! Y en vez de llevárselo á la Ciriaca, lléveselo usted á don Tomasito; ya sabe usted donde vive, Belen, 13. Y dígame usted que si lo manda otra vez, se lo vendo á cualquiera por dos cuartos. (Se acerca á la primera puerta izquierda.) Se entera usted?

BART. Sí *señor*; es *dicir*, no me entero, porque eso de vender al hijo de sus entrañas...

SEVERO. (Abriendo la puerta.) Pero hombre, ¿quién le ha dicho á usted que yo tengo hijo, ni entrañas, ni... (Campanilla) Voy, voy corriendo. Vamos, Tio Bartolo, vamos. (Empujándole.)

BART. (*Pus señor, no lo entiendo.*) *Probre* criaturital (Váse izquierda primer término)

ESCENA VII.

D. SEVERO.

Ay, Dios mio! Y bonito génio que traerá mi mujer. (Va á abrir.) Una ama de crial! (Desde la puerta y vuelto de espaldas al público.) Belen, 13, pregunta usted per don Tomasito. (Campanilla) Otra vez? Otra ama y con otro chiquillo? Belen, 13, pregunta usted por don Tomasito. (Vuelve á escena.) Ay! Si salgo bien de esta, le ofrezco diez chicos de cera á la vígen de la Paloma! (Campanilla.) Si será otra ama? (Váse y vuelve á salir con D. Restituto.)

ESCENA VIII.

DICHO y D. RESTITUTO.

- REST. Beso á usted la mano.
SEVERO. Otra vez este? Diga usted, es usted ama de cria?
REST. No señor.
SEVERO. Y carabinero?
REST. Tampoco.
SEVERO. Entónces puede usted hablar.
REST. Yo soy el abuelo.
SEVERO. Del ama de cria?
REST. No, hombre, no.
SEVERO. Del carabinero?
REST. Y dále! El abuelo de...
SEVERO. Lo celebro mucho.
REST. Sé de buena tinta que esta mañana ha traído aquí una señora, que probablemente será su esposa de usted...
SEVERO. Pues no señor, yo no tengo esposa, acabo de enviudar en este mismo momento, por lo tanto estoy muy ocupado; tengo que avisar á la Funeraria, y... (Campanilla.) Oye usted? Ya están aquí con el catafalco. (Váse y vuelve rápidamente con D. Benito.)

ESCENA IX.

DICHOS y D. BENITO.

- SEVERO. (El azogado! Maldita sea mi suerte! Todos llegan á la vez!)
- BENITO. (Saludando.) Beso á usted la mano.
- REST. Servidor de usted. (Id.)
- SEVERO. (Entre ambos y á D. Benito.) (No se fie usted de ese, porque no está bueno.)
- BENITO. (Lo tendré presente.)
- SEVERO. (Á Restituto.) (Mucho ojo con ese porque está loco.)

- REST. (Efectivamente, se menea mucho.)
- BENITO. (Á Severo.) Y mi nieto?
- SEVERO. Belen, 13.
- REST. (Á Severo.) Y mi nieta?
- SEVERO. Belen, 13.
- LOS DOS. Se burla usted?
- SEVERO. Yo? Por qué?
- BENITO. Entónces venga el niño.
- REST. Venga la niña.
- SEVERO. Caballeros, lo siento mucho. Si hubieran ustedes venido hace un momento, se podían haber llevado aunque hubiera sido media docena, pero ahora, ya es tarde, se me han concluido.
- BENITO. Mire usted que no tolero bromitas.
- REST. Ni yo tampoco!
- SEVERO. Pero si les digo á ustedes el evangelio! (Campanilla) Adios, esta es mi mujer.
- BENITO. Cómo su mujer?
- REST. Querrá usted decir el catafalco?
- SEVERO. Eso, eso es; el catafalco y mi mujer viene á ser lo mismo. (Váse foro.)
- BENITO. (Á Restituto.) Qué hacemos con él?
- REST. Ahora lo veremos.

ESCENA X.

DICHOS y POLICARPA.

- SEVERO. Ay! Policarpa de mi corazon! Defiéndeme, que soy inocente.
- POLIC. De manera que ya se han descubierto tus amores?
- BENITO. Con mi hija!
- REST. Con la mia!
- SEVERO. Pero, señores, por Dios, déjenme ustedes explicarme!
- BENITO. No hay explicacion que valga!
- POLIC. (Á Severo.) Siéntate, reo, y oye tu sentencia. (Le obliga á

sentarse en el centro de la escena.)

BENITO. Acusado! Usted se ha casado en secreto con mi hija!

SEVERO. Mire usted, yo no lo sé lo que sé; es que esta mañana me han traído un chico, y luégo me han traído otro, y luégo no sé si me han traído otro, porque ya he perdido la cuenta.

BENITO. ¿Y qué ha hecho usted con ellos?

SEVERO. *Volaverunt.*

BENITO y REST. Los ha tirado usted por el balcon?

POLIC. Los has muerto? (Entra en la alcoba.)

SEVERO. Hombre, yo para qué los he de matar? Los he enviado á casa de don Tomasito.

BENITO y REST. Y quién es don Tomasito?

SEVERO. Vaya usted á saberlo.

POLIC. (Saliendo de la alcoba.) No está la niña! La has muerto?

ESCENA XI.

DICHOS, D. TOMASITO y un INSPECTOR, foro.

TOM. - Alto, en nombre de la ley.

SEVERO. Cataplum? (Dejándose caer sobre una silla.)

TOM. Prenda usted á ese caballero, por infanticida!

BENITO. Ha matado á mi nieto?

REST. Ha matado á mi nieta?

SEVERO. Y usted, don Tomasito, es quien se atreve?...

TOM. Já, já! Si señores. Les diré la verdad. Yo estoy casado en secreto con la hija de...

BENITO y REST. (Abrazándole.) Yerno de mi alma!

TOM. Y para mayor reserva firmaba mis cartas con el nombre y apellido de don Severo.

SEVERO. Ah! Tunante!

TOM. (Rechaza á D. Restituto.) No: perdone usted, con la hija de este caballero. (Por D. Benito.) Mi padre ha sancionado ya la boda, y mi hijo está entre sus brazos. (Á D. Severo.) No lo perderá usted, le mandaré otros dos.

SEVERO. Otros dos monigotes?

- TOM. No. Dos mil reales.
SEVERO. Entónces vengan á mi los niños.
POLIC. El otro, ó mejor dicho, la otra, lo he traído yo de San Sebastian para don Restituto.
REST. Para mí... para mí! Gracias señora. (Muy alegre.) Pero dónde está mi nieta?
SEVERO. Dónde está ese otro monigoté?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el TIO BARTOLO con la niña.

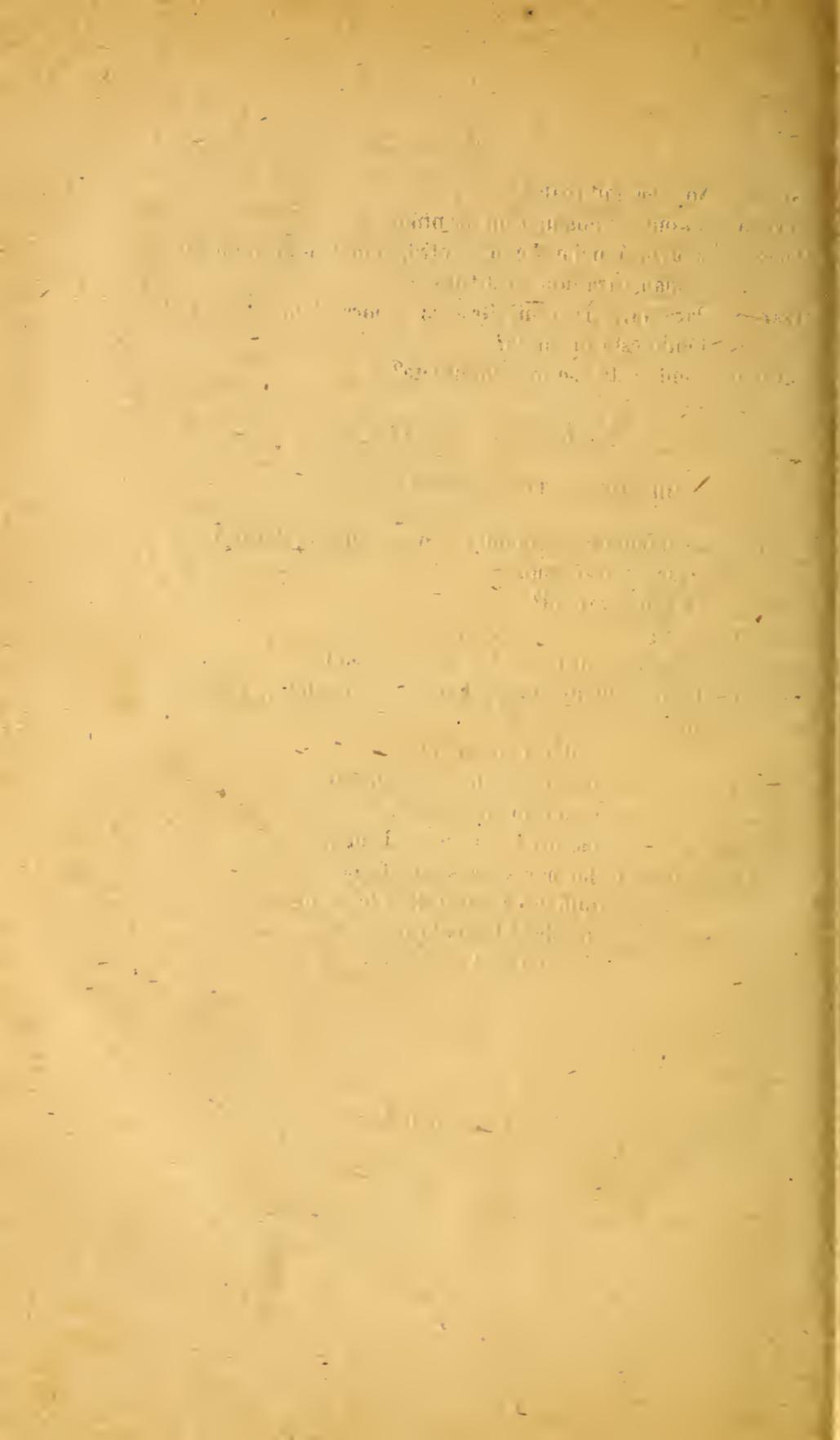
- BART. Es monigota. Está aquí. No he querido llevarla... Iba á criarla yo mesmo...
REST. Es niña, verdad?
SEVERO. No sé...
BART. Si señor, porque... (Le habla al oído.)
SEVERO. Basta. Ven ustedes como soy inocente! ¡Ay Policarpania!

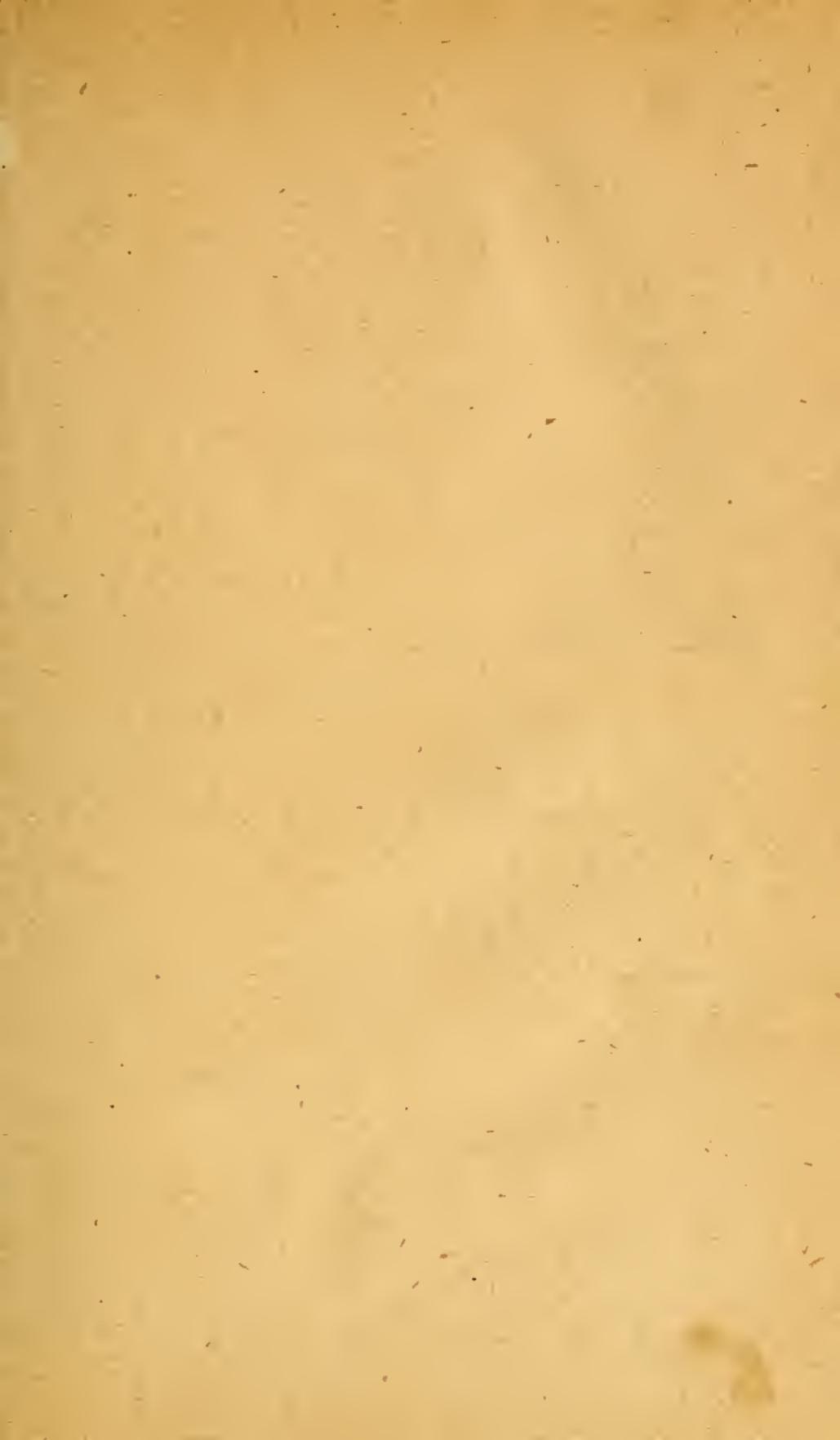
Y ahora ya no falta nada
más que pedir muy formal
la consabida palmada
que hace muy bien al final.

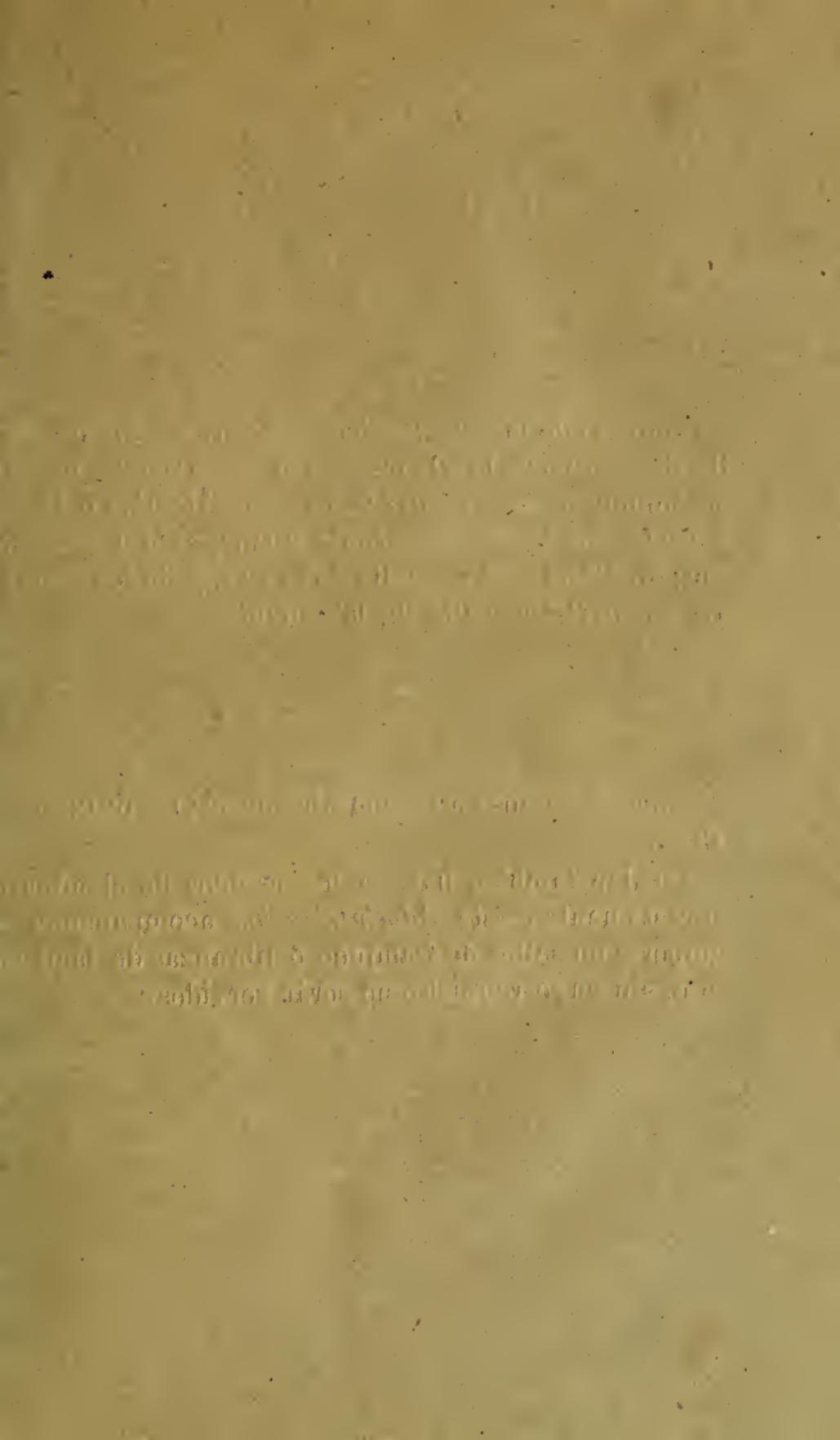
(Con misterio.) Mas por si acaso se ofrece,
(que eso á cualquiera le pasa)
ya sabeis todos la casa:

BELEN 13.

FIN DEL JUGUETE.







PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. M. Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol; de *D. S. Calleja*, calle de la Paz, y de los señores *Simon y Osler*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta ADMINISTRACION.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.